

# Diario de una relectura<sup>1</sup>

Felipe Charbel

Universidade Federal do Rio de Janeiro

Traducción de Julia Tomasini

*Uso la palabra escribir como antónimo de esperar.*

Roberto Bolaño

## 11 de enero de 2015

Me han invitado cordialmente a escribir sobre Roberto Bolaño. Tuve que aceptar. Prometo el ensayo hace casi dos años y lo único que hice hasta ahora fue postergar la escritura. Intenté huir de todas las formas posibles. Alegué no ser especialista en literatura latinoamericana, alegué la necesidad de releer los cuentos y novelas (lo que terminé haciendo con mucha alegría), alegué la cercanía de un viaje que me llevaría nueve meses lejos de Brasil, alegué que estaría sin mis libros en ese viaje. Nada de eso atenuó el entusiasmo del organizador de la antología, Antonio. Quiere un ensayo sobre Bolaño. No hace falta que sea un artículo académico. Puede ser cualquier otra cosa, notas sueltas, citas apiladas, comentarios dispersos, un texto sobre la imposibilidad del texto (eso no, dije, eso no lo hago). Finalmente apeló al chantaje barato: el libro solo va a salir si lleva tu texto. El primer libro sobre Bolaño publicado en Brasil. ¿Te lo vas a perder?

## 12 de enero

Mi idea inicial era escribir sobre la crítica. Sobre cómo, en un universo ficcional en donde lo más urgente es la literatura, la crítica adquiere casi

1 Extraído de *Janelas Irreais. Um diário de releituras*. Belo Horizonte: Relicario, 2018: pp. 17-44.

de manera automática un lugar central. Partiría de comentarios de Bolaño sobre el tema, diseminados en ensayos, textos de ocasión, columnas en los diarios y entrevistas: los críticos “trabajan a la intemperie, en la oscuridad”; lo que hacen también es literatura; el crítico es un lector, pero un lector creativo, un lector creador (“Lo interesante del crítico literario, y allí es donde pido creación de la crítica literaria, creación en todos los niveles además, es que se asuma como lector, y como lector endémico, capaz de argumentar una lectura, de proponer diversas lecturas, como algo totalmente distinto de lo que suele ser la crítica, que es como una exégesis o una diatriba”). Partiría de estos comentarios para trazar un ideal de la crítica en Bolaño. Escribiría sobre el duelo entre Arturo Belano e Iñaki Echavarne en *Los detectives salvajes*, y los ecos de esa alegoría, al mismo tiempo burlesca y perturbadora, en mi formación como lector. Escribiría sobre la inmersión maníaca (la única posible) de Pelletier, Espinoza, Morini y Liz Norton en la obra de Archimboldi, y los esfuerzos para hacer que la vida emerja de la exégesis textual. Pero sobre todo, escribiría sobre Amalfitano y sus dos destinos, especialmente el del profesor de literatura de *Los sinsabores del verdadero policía*, que cierta vez dio un curso sobre Rodolfo Wilcock y “tenía a Nicanor Parra en mayor consideración que a Octavio Paz”, que tradujo *La rosa ilimitada* del oscuro francés J. M. G. Arcimboldi y participó activamente en la Revolución Sandinista, que llevó a Osman Lins al español y descubrió su “homosexualidad al mismo tiempo que los rusos descubrían su vocación capitalista”. Amalfitano como la alegoría del lector-creador, alguien que hizo del yo una obra de arte y con eso encarnó la utopía de la crítica. “Durante un tiempo, la Crítica acompaña a la Obra, luego la Crítica se desvanece y son los Lectores quienes la acompañan. El viaje puede ser largo o corto, luego los Lectores mueren uno por uno y la Obra sigue sola, aunque otra Crítica y otros Lectores poco a poco vayan acompasándose a su singladura.” La crítica con C mayúscula: ¿qué señala en Bolaño?

Pero ando sin ganas para la ciencia de la literatura —sostener argumentos, fundamentar relaciones, encontrar ejemplos, cotejar con el original—. Creo que en el párrafo anterior expuse el equivalente al estado actual de mi pensamiento sobre el tema, la utopía de la crítica en Bolaño. Ir más allá sería entrar en un terreno peligroso y clavar mis estacas en campo minado: el deseo de tener razón. Generar pruebas es un gasto de energía creativa (o el resultado de su falta, no sé bien). Energía que puedo usar para leer una vez

más los libros de Bolaño. Que al fin y al cabo es lo que me interesa en relación con él: siempre volver a lo que escribió.

### 13 de enero

Lo bueno de toda esta cuestión de no escribir un ensayo —que es un proceso mucho más desgastante que escribir el ensayo— es que releí todo lo que pude de Bolaño, y leí mucho que no conocía. Por ejemplo, las entrevistas. Hoy tengo un conocimiento más profundo de su obra. Pero me gustaría que ese conocimiento se preservara tal como se me aparece ahora: en imágenes desconectadas, impresiones efímeras, frases no formuladas. Que salgan de mí pero no en el procesador de textos —nombre extraño, me hace pensar en salchichas y embutidos, en frases molidas hasta hacerse una maraña vulgar y succulenta—. No quiero trabajar esas frases, imágenes e impresiones en el Word sino que aparezcan espontáneamente en un café con un amigo, en una mesa de bar, en una clase a la que vino poca gente. O si no, en este diario manuscrito. Prefiero que ese conocimiento exista como latencia.

\* \* \*

### INBOX CON EL ORGANIZADOR

Comencé el ensayo sobre *Los detectives salvajes*. Que será el diario de una relectura. La primera entrada explica el procedimiento. Las siguientes acompañan mis impresiones día a día. Eso será todo. Ningún argumento. Ninguna referencia a Benjamin o a Agamben. La vaca hermenéutica con sus ubres duras de leche no ordeñada.

### 14 de enero

De los libros de Bolaño solo no releí *Los detectives salvajes* en estos veinte meses que separan el pedido del ensayo y el paso a la escritura. Lo dejé último por una razón sentimental: fue el primero que me gustó (*Nocturno*

*de Chile* me irritó profundamente). Lo dejé para el final porque en 2007 fui muy feliz —leyendo este libro—.

En verdad no fui feliz en 2007. Solo fui feliz como lector. Descubrí a Bolaño, descubrí a Don DeLillo, descubrí a Cicerón y a Quintiliano. Leí a Plutarco, leí *Las ilusiones perdidas*, leí las *Cartas a Lucilio*, leí todo lo que pude de Coetzee y de Philip Roth, leí a Alice Munro y a Safo de Lesbos, leí *El continente*, de Érico Veríssimo y el aburridísimo *Los años de aprendizaje de Wilhelm Maister*. Por lo demás, mi existencia era pálida e inexpresiva como las paredes de un sanatorio. Me pasaba los días metido en el décimo sexto piso de una torre construida en uno de los lugares más yermos, una de las últimas fronteras deshabitadas de la ciudad, Recreio dos Bandeirantes (nombre que me hace pensar en largas jornadas a pie de una gente ruda y despreciable). Allí todo es Oeste. Ningún amigo venía a visitarme. Lo único que había cerca eran supermercados y estaciones de servicio. El departamento en sí no estaba mal y tenía acceso a todas las comodidades pequeñoburguesas que un estudiante de doctorado de clase media recién casado con una enérgica profesora de cursos de ingreso y viviendo gracias a la generosidad de papá podía darse por aquellos días. Por ejemplo, un sillón reclinable que sigo teniendo hasta hoy. Casi todo lo que leí en los últimos años, sacando los nueve meses que viví en Nueva York, lo leí en ese sillón. Ahora está medio enclenque y desteñido por largos e intransigentes veranos. Incluso en otro barrio y en otro departamento, el sillón sigue estando cerca de la ventana, en contacto con la luz del sol y el polvo de la calle, nocivos para el relleno pero convenientes para el lector, beneficiado tanto por la incidencia de la luz natural como, en un nivel más sutil, por la danza de los grumos en la claridad casi cegadora, escena universalmente reconocida como perfecta para la lectura.

Es en este sillón que voy a releer *Los detectives salvajes*. Y en un cuaderno sin renglones y de tapa dura haré mis anotaciones sobre la novela de Bolaño, tratando de recrear mi primera y única lectura de hace siete años. Quiero recrear también a la persona que fui y, así lo creo, dejé de ser, pero que todavía existe en mí como un trozo de carne mal digerido. El reencuentro puede ser aterrador. Hay algo de lo que no soy capaz de expresar en oraciones coherentes y bien armadas, una sensación de molestia, de que me olvidé de algo en el escenario de mi primer casamiento, algo que me ata al pasado, que me paraliza en un punto lejano y hace que las tareas cotidianas, como escribir un ilegible ensayo académico, se vean cada día más penosas.

## 15 de enero

Lo primero que noto al sacar de la biblioteca y hojear *Los detectives salvajes* es que mi ejemplar parece no haber sido tocado. Tiene una apariencia virginal. En 2007 no subrayaba los libros que fueran de literatura y evitaba doblar la tapa o dejar el lomo marcado. No hacía lo mismo con los libros que eran para la tesis, en donde dejaba marcas visibles para quien los leyera después. Nadie, en verdad, ya que eran textos de interés limitado, bibliografía secundaria sobre autores desconocidos de épocas remotas, nada que sea solicitado con frecuencia. Llenaba los márgenes con anotaciones en lápiz, con una letra imprenta casi ilegible de tan chiquita, y subrayaba frenéticamente las frases con una regla de metal que le había robado a mi padre. Pero lo que fuera literatura no. Los cuentos, poemas y novelas debían permanecer intactos, sin marcas o garabatos. Quizás porque creía que la literatura era una manifestación del orden de lo sagrado. O no. En una de esas simplemente no quería perturbar el placer de la lectura y solo evitaba las interrupciones superficiales. Necesitaba sumergirme en las historias. En 2007 eso era una urgencia, el imperativo de la inmersión ficcional. No podía estar fuera del libro, sometiéndolo a torturas degradantes, si me encontraba *dentro* de él. Por este motivo, la reconstrucción de mi primera lectura de *Los detectives* será sin el apoyo de vestigios materiales. Me dejaré guiar por la memoria y la intuición, lo que para un historiador de formación no deja de ser un martirio.

## 16 de enero

A releer, entonces, después de resolver una serie de trámites prácticos que me mantuvieron ocupado la última semana, como la reseña del libro más reciente de un conocido crítico italiano que había prometido para el mes pasado. Cada vez es más laborioso escribir ese tipo de texto. Llevé la procrastinación a su máximo refinamiento e hice de la reescritura de mis textos una antesala a la locura.

\* \* \*

*Mexicanos perdidos en México* (1975). Recuerdo que el título de la primera parte me impactó en 2007. Porque siempre me consideré un brasileño perdido en Brasil. Aunque no lo supiera en ese momento.

\* \* \*

EL DIARIO DE GARCÍA MADERO. A medida que avanzo en la relectura se van formando dos impresiones, inseparables: 1) no recordaba absolutamente nada de la trama, es como si leyera el libro por primera vez, 2) el diario de García Madero es formidable.

García Madero tiene diecisiete años, está comenzando la facultad de Derecho y no tiene vocación para trabajar con las leyes. Como él, yo también comencé estudiando Derecho. También es verdad que a los diecisiete llevaba un diario, escribía poemas y estaba seguro de que no sería abogado. Pero las semejanzas terminan ahí. García Madero —un joven deseado por las mujeres y codiciado por los cabecillas de un poco importante movimiento vanguardista— llenaba su diario de frases potentes “la corriente alterna de la tragedia se mascaba en el aire”; “ahora estoy leyendo a los poetas mexicanos muertos, mis futuros colegas”; “no puedo pasarme la vida haciéndome pajas”; “dos pares de ojos brillantes, como de lobos en medio de un vendaval”. Mientras que en mi diario solo había lugar para pavadas pueriles, “almorcé strogonoff y a la tarde fui al cine a ver Forrest Gump”; “mamá me levantó a las 3 de la tarde quejándose de que duermo mucho”; “mi papá se quejó de que mi abuela se quejó de que mi mamá se quejó de que estoy muy gordo y no tengo objetivos en la vida, una abuela se queja de que no tengo trabajo, la otra de que no tengo novia, y todos se quejan de mi falta de rumbo”. La única ventaja que tengo sobre García Madero —y aun esto es cuestionable— es que a los 17 años yo efectivamente existí.

\* \* \*

Cincuenta y seis páginas en tres horas y ocho minutos. Contando dos interrupciones breves.

\* \* \*

## INBOX CON EL ORGANIZADOR

YO: Me gusta este primer párrafo: “Parece que una de las preocupaciones más grandes de Bolaño en sus últimos días era garantizar el sostén de la familia. Se preocupó sin motivos. Con el éxito de la recepción de su obra mientras estaba vivo, y que se multiplicó, y con la notable astucia gerencial de los administradores de su herencia literaria, no faltarán recursos para su familia. Y es gracias al trabajo arduo de esos gestores que podemos acceder a *Los sinsabores del verdadero policía*. Es importante mencionar esto porque se relaciona con una característica relevante del libro: su carácter de boceto, material de trabajo, papeles en proceso de uso y elaboración del autor”.

ÉL: Buenísimo. Abrir con eso da una nota “meta” ya en el comienzo. Carácter de boceto del corpus y ensayo sobre el corpus.

YO: Te acordás que esto lo escribiste vos, ¿no? ¿O te olvidaste?

ÉL: Claro que no me acuerdo.

YO: ¿Me estás jodiendo?

ÉL: Era un chiste. Pero ahora que me decís, sí, me acuerdo, es la reseña de *Los sinsabores*.

YO: Esto va a entrar en el ensayo.

ÉL: Qué maravilla. Paso a la posteridad como desmemoriado y criptomnésico al mismo tiempo.

## 17 de enero

Anoche, releendo lo que escribí hasta ahora, me dio la impresión de haber tomado un camino sin salida al compararme con García Madero. Me pareció que me alejaba de mi propósito original: reconstruir la primera lectura de *Los detectives salvajes*. Pero está todo ahí, me di cuenta hoy temprano. En las notas de mi diario de adolescente tardío. Los antecedentes de la influencia de la novela en mi vida forman un cuadrilátero: sin trabajo, sin mujer, gordo y sin rumbo en la vida. En 2007 pesaba 120 kilos, vivía con una muy modesta beca de estudios y escribía una tesis de doctorado (pero lo que deseaba era “hacer literatura”, incluso aun cuando no tenía talento o algo que decir). Para empeorar las cosas, había entrado por inercia en un matrimonio que no debería ni haber comenzado. 2007 fue el año de la evasión.

Evasión a través de la comida, la bebida, la internet y la lectura. Aunque las dos últimas se confundían en las tardes ociosas en el departamento de Recreio. Leía novelas, de preferencia infinitas (de esa época viene mi gusto por los libros ladrillo), y en las horas de aburrimiento escribía largos mails para una pelirroja que no veía hacía diez años (teníamos un blog juntos que se llamaba *malestar* y que cambiamos por *dondelillo*, bajo el impacto de *Ruido de fondo*). Y también “trabajaba en mi novela” —en verdad una pila de escenas sin conexión en la que los personajes fumaban como autómatas y se desplazaban de un punto al otro de la ciudad solo porque el autor no sabía qué hacer con ellos—. Por lo demás, tenía un perfil secreto en una antigua red social (con una foto de Walmor Chagas y el sobrenombre de Rummenigge Dantas) y era parte de una comunidad casi clandestina de lectores de ficción. Ahí escuché hablar por primera vez de Roberto Bolaño. Ahí escuché hablar por primera vez de casi todo el mundo. *Los detectives salvajes* fue la primera novela que leí por influencia de los miembros de la comunidad —anónimos que usaban avatares con fotos de payasos o de bebés embriagados y ostentaban nombres improbables como Aviário do Mário, Refrator de Curvelo, Dina Zagreb, Ductilíssimo Hernández, Stursa Bulandra y Kelvin Falcão Klein—. En medio de esa gente que lo había leído todo, de Carlos Dufoo Hijo a Petrus Borel, de Leonid Tsípkín (el ineludible *Verano en Baden-Baden*) a David Albahari, yo me comportaba como García Madero en los primeros días del real visceralismo, buscando ávidamente todos los libros que Ulises Lima y Arturo Belano decían que valía la pena leer. Tenía la sensación de formar parte de algo relevante, incluso en la periferia del ciberespacio. Éramos pocos y no le interesábamos a nadie. Fue lo más cerca que estuve de afiliarme a un colectivo. No es que quisiéramos ser una vanguardia, lejos de eso: nuestro único acto de transgresión era que nos gustaba la literatura en una época en que eso era una especie de falta de elegancia con el pensamiento, pero en el planeta Orkut, *a long time ago in a galaxy far far away*, los lectores de avidez desmesurada se contagiaban mutuamente y se debatían a duelo. Y como en los febriles universos de Bolaño, la literatura era para esas personas una cuestión de vida o muerte.

## 18 de enero

La casita de las hermanas Font. María no le da bola a García Madero. Angélica no le da bola a Pancho Rodríguez. Ellas tienen menos de veinte años (Angélica tiene dieciséis) y sueñan con bailarines de vanguardia, poetas promisorios, pintores surrealistas, universitarios de izquierda. Les importa un cuerno el real visceralismo y hacen muy bien. Mientras que los chicos se sienten muy orgullosos. Forman parte de un movimiento literario oscuro, se creen los últimos vanguardistas del siglo XX, roban libros, se pasan la tarde hablando en los cafés y bares de la calle Bucareli. Incluso escriben algunos poemas y tienen la atención diaria de aquellas jóvenes atractivas, ricas (si bien es una riqueza decadente) y talentosas (por lo menos Angélica es talentosa). Angélica no está ansiosa por ceder a las embestidas de Pancho. Actúa como si esperara algo mejor. María no le da lugar a García Madero. Si le interesa, lo disimula bien. Incluso es un poco tonta con él. Hasta que Angélica y García Madero empiezan a intercambiar miradas, e insisten, se acercan, y ese interés repentino es suficiente para que María se lleve a la cama a la más nueva adquisición del movimiento y someta a la hermana al sonido de los resortes de su colchón.

Debía ser bueno tener diecisiete años en la década del setenta y pasar el tiempo en esa casita. Me acuerdo de una noche de verano, asfixiante como esta, en la que bebía con un grupo de amigos y amigas, todos lectores de Bolaño. En determinado momento de la noche (estábamos en la Adegá Pérola y comíamos ajo crudo con sardinas fritas) decidimos pasar fin de año en Ciudad de México. Quizás lo que deseábamos en el fondo era pasar unos días en la casa de la familia Font. O que las hermanas, con indiferencia, nos ofrecieran un rinconcito en el piso de la casita, donde pudiéramos estirar nuestras bolsas de dormir con la expectativa de que en medio de la madrugada, por no tener otra cosa que hacer o curiosidad antropológica, una de las dos nos invitara furtivamente a su cama de soltera.

\* \* \*

Avanzo en la lectura y me asombro de los tesoros que mi cabeza fue dejando en el camino. ¿A dónde van esos deshechos de lo imaginario? Los ojos inquietos de Quim Font, la azotea de los hermanos Rodríguez (que tenía una

vista privilegiada del DF). Cómo fui capaz de condenar al Encrucijada Veracruzana al ostracismo. Yo habría parado varias noches en ese bar de cuarta, tomando tequila y molestando a amigos y desconocidos con discursos improvisados sobre la inviabilidad del ser. Tengo la impresión de que fue la atmósfera lo único que conservé de la novela. Es posible que haya retenido lo esencial.

\* \* \*

Lupe y María son de Leo. Es evidente que María es leonina. García Madero es capricorniano (no parece). Ulises Lima también. Arturo Belano debe ser de Tauro, porque Bolaño era taurino. Ernesto San Epifanio — y acá comienza la ciencia — debe ser de Acuario. De Pancho Rodríguez diría que es canceriano. Angélica Font es una escorpiana clásica. Piel Divina debe ser de Piscis. O Sagitario.

## 19 de enero

“Personas que aparecen y desaparecen como un río oscuro”. En 2007 escribía una tesis y leía ensayos herméticos escritos por teóricos sesudos. No sé cómo llegué a Enzo Melandri, *La línea y el círculo*, un estudio lógico-filosófico sobre la analogía. Novecientas páginas. No pasé de las ciento cincuenta, pero fue suficiente para que me interesara por uno de los temas del libro: la anomalía, una forma de analogía en la que no se encuentra fácilmente la relación entre los términos comparados. O no se encuentra en absoluto (la comparación que no ilumina, que genera incomodidad y produce perturbación). El texto de Bolaño es rico en anomalías, y eso debía haberme atraído en aquella época. “Parecía no haber dormido en toda la noche, parecía recién salido de una sala de torturas o de una timba de verdugos.”

En 2666 la anomalía arrastra al lector al centro oculto del relato, solo para expulsarlo luego con rabia, como una cama elástica invisible. Mientras que en *Los detectives* (ya había terminado de leer el diario de García Madero), el centro oculto no es evidente. Sin embargo, siento que existe, y aparece de refilón en las comparaciones de términos incomparables. Subrayo estas frases bellamente anómalas y las copio en mi cuadernito de notas. Vuelvo a ellas como un chico a sus películas favoritas, aunque no por eso las entienda

más, pero me da la certeza, la irresistible certeza de que algo, cuya profundidad se me escapa, se revela ahí, no *a través* de ellas, de las frases anómalas, sino *en* ellas, sin que pueda entender qué exactamente, o precisamente porque no es posible entender qué exactamente.

\* \* \*

“Una voz sin inflexiones, como si estuviera hablando con la luna”. La voz de Joaquín Font según García Madero.

\* \* \*

La mejor entrada de dos líneas de un diario ficcional: “Hoy no pasó nada. Y si pasó algo es mejor callarlo, pues no lo entendí”. La de un diario real: “Alemania declaró la guerra a Rusia. Por la tarde, clase de natación”.

## 20 de enero

Tengo el hábito de tomar sol después del almuerzo en la placita del barrio Peixoto, como si tuviera ochenta años. Hoy temprano los bancos estaban ocupados y tuve que acomodarme en el muro bajo que rodea el arenero donde juegan los perros y los chicos. En cuanto me acomodé sentí un mal olor penetrante. Busqué otro lugar en el muro pero me dio la impresión de que el olor se había desparramado por todos lados, y en ese momento pensé que tan solo me quedaría veinte minutos, lo suficiente para reponer la vitamina D. Al rato ya no pensé más en eso, era como si el olor se hubiera dispersado mientras observaba distraídamente el griterío de las personas que vivían en la calle mientras se lavaban en el laguito y en la fuente. Recién cuando sonó la alarma del celular a los veinte minutos me di cuenta de que el olor se había estancado, parecía haberse condensado, y ahora era francamente nauseabundo. Miré hacia abajo de inmediato y me di cuenta de que mi zapatilla no estaba enterrada en la arena como imaginaba hasta el momento. Había pasado todo el tiempo con el pie incrustado en la mierda, voluptuosamente incrustado en la mierda, probablemente canina, reflexioné, considerando factores como el tamaño, aroma, color y consistencia, no sin antes alarmarme por la posibilidad

de que fueran excrementos de un ser humano. Pensé incluso que cuando me levanté del muro la primera vez, caminé hacia la mierda en vez de alejarme, como si me hubiera dejado atraer hacia la mierda, en un impulso irresistible (el destino es carácter). Pero entonces me vino a la cabeza (en ese momento me limpiaba los pies en la parte de cemento de la plaza) que hablando metafóricamente esa imagen condecía con la poética de Bolaño. Y que de cierta forma sintetizaba su visión de mundo. Todo lo que comienza como comedia termina siempre como otra cosa. Incluso como comedia.

\* \* \*

Hacia el final del diario, García Madero carga las tintas. Se enferma, tiene delirios febriles. Lo embargan sentimientos elevados y prefiguraciones del futuro. “Hoy solo he visto a Barrios y a Jacinto Requena en el café Quito y nuestra conversación ha sido más bien melancólica, como si estuviéramos en las vísperas de algo irreparable.” “En determinado momento de la noche, María me dijo: el desastre es inminente.”

\* \* \*

“Unos ojos árabes, de jaimas y oasis”. Los ojos de Rafael Barros según la rubia Bárbara Patterson.

## 21 de enero

Ayer fue feriado en Río. Me es indiferente: estoy de vacaciones. Pero los feriados son días silenciosos y de modorra, propicios a las largas lecturas. Avancé unas buenas cien páginas, desde la primera aparición de Amadeo Salvatierra con su botellita de mezcal *Los suicidas* hasta el discurso de Michel Bulteau sobre el paseo nocturno en París con un extraño poeta mexicano llamado Ulises Lima que cuenta “en un inglés por momentos incomprensible”, una “historia de poetas perdidos”, una “historia en los extramuros de la civilización”.

\* \* \*

No sé si fue en 2007 o un poco después. Decidí coleccionar miniaturas de autos antiguos. La colección no fue muy lejos: una Combi amarilla y blanca, un Camaro azul 69, un Opala SS, un Ford Mustang 1970 y un Impala 1964 blanco. Recuerdo lo que pensé cuando vi el Impala en la juguetería: el auto de García Madero, el auto que Joaquín Font les prestó a los real visceralistas, el auto en el que se perdieron para siempre en el desierto de Sonora. Lamenté que fuera blanco, ya que en el libro —estaba seguro— era verde. Pero descubro en la relectura que, en verdad, el Impala es blanco. ¿Inconscientemente lo sabía? ¿Pensé que era verde porque la tapa del libro era verde? ¿O no tiene nada que ver? Me parece que voy a sacar esta entrada del diario, no voy a transcribirla en la computadora. Ya es tiempo de despegarme del diario de García Madero.

\* \* \*

“Me miraba con sus ojos como de lago al atardecer” los ojos de Pedro Garfias según Auxilio Lacouture.

\* \* \*

Siempre hay un desfasaje entre lectura y escritura: no anoto la impresión del instante sino la que me viene al día siguiente, entremezclada con el sueño, el olvido, las pausas para el café, el sopor que sigue a la comida, la abstracción de las caminatas, el compromiso con otras lecturas. Una impresión que es casi un sedimento, una impresión que quiere transformarse en otra cosa.

## 22 de enero

Ayer, durante la lectura, hice unas pausas para buscar en Google los nombres de Mario Santiago (que inspiró a Ulises Lima) y de Roberto Bolaño (Arturo Belano). Buscaba fotos de los infrarrealistas. Encontré muchas cosas, pero las imágenes que me quedaron grabadas fueron las de Mario Santiago con aire perplejo, una remera de *The Doors* (con esa ropa veo a Ulises caminando sin rumbo por las calles de París, metido en sus pensamientos y con mucho frío), y de Bolaño muy joven, más parecido a Kevin Spacey que a él mismo, el pelo

hasta los hombros, bigotes, mirada perdida en lo insondable, como si hubiera encerrado un animal invisible en la jaula que aparece en el fondo de la foto.

\* \* \*

“Esa voz de pajarito y de hoja gillette”, la voz de Ernesto San Epifanio después del aneurisma.

\* \* \*

Tal vez porque ya era de madrugada y mis mejores lecturas son a esa hora, indiferente a la excitación cotidiana y a la necesidad de socializar (y sin posibilidad de contactar a otras personas a no ser en los sueños), me sumergí intensamente en los relatos de las caminatas de Ulises Lima. Me desperté a la una de la tarde (la obra de modernización en mi edificio dio una tregua y pude restablecer mis hábitos nocturnos), pensando en Ulises y su soledad. Y ahora, hundido en mi sillón desteñido, con el ambiente climatizado mientras afuera el verano asegura las condiciones ideales para la devastación del pensamiento, me dan ganas de escribir sobre él. Pero no puedo decir qué es lo que me hipnotizó, lo que me enterneció en la lectura, si fue el hecho de que Ulises fuera tan románticamente distraído y torpe, o el hábito de las largas caminatas (¿por qué es tan atractiva la imagen de los escritores que caminan?) o su excentricidad de leer durante el baño, mojando los libros y derritiendo, como la grasa de un hereje, los versos escritos a lápiz como marginalia a otras poéticas, o su indiferencia a las cuestiones cotidianas como el precio del arroz (jamás sería un prosador como Belano, el buen Ulises). Quizás intuyera que su tiempo era poco. O prefiriera estar enteramente en el lugar de donde mana la poesía.

Lo más probable es que la empatía que me dominó en la madrugada tenga que ver con el tiempo, de memoria reciente, que pasé en un país extranjero, alejado, como Ulises, de mi zona de confort existencial por una capa de inapetencia lingüística —lo que puede hacer de cada día una jornada extenuante, sobre todo en una ciudad que, como dice uno de los personajes sobre París (pero podría ser Nueva York), “desgasta, diluye todas las vocaciones que no sean de hierro, empuja al olvido”—. Por otro lado, pienso que mi fascinación también tiene que ver con el hecho de que Ulises realmente existió (y buena

parte de lo que el libro narra, desde las anécdotas hasta las impresiones de los que hablan, es fruto de una forma particular de consciencia, el modo en que un ser humano, por medio de la invención, muestra a otro ser humano de quien fue cercano, con quien compartió sueños y decepciones, así como una visión de mundo y una filosofía peculiar), y de que *Los detectives salvajes* es el relato de un encuentro que ya no se repetirá, o mejor, solo se repetirá en la lectura, y por eso mismo se repetirá siempre. Por lo menos anoche leí *Los detectives salvajes* como una novela sobre la amistad. Y sobre la brevedad de la vida.

### 23 de enero

Ulises Lima limpiando la bodega de un barco pesquero. Ulises Lima durmiendo en una cueva. Ulises Lima comprando un pasaje a Israel con la plata que ganó en el barco pesquero. El llanto de Ulises Lima en el sofá de Norman Bolzman (¿o se estaba haciendo una paja?). Norman Bolzman leyendo *La rosa ilimitada* de J. M. Arcimboldi, ciertamente en traducción de Amalfitano. Ulises mendigando en Tel Aviv. Ulises preso en Beersheba con un austríaco limítrofe llamado Heimito Kunst. Bolaño y su fijación por la palabra *kunst* (coño, *kunst*). Ulises y Heimito robando. Ulises deportado de Austria. Ulises perdiéndose en la Nicaragua sandinista. Y volviendo a casa años después siguiendo el sendero de un río inexistente, un río que une México con América Central.

\* \* \*

### INBOX CON EL ORGANIZADOR:

Estoy obsesionado con Ulises Lima. Hasta leí los poemas de Mario Santiago. Y no entendí nada de su poesía.

\* \* \*

“Un tipo con ojos como licuados y como borrados al mismo tiempo”. Los ojos de Ulises Lima de acuerdo con Hipólito Garcés, en la *avenue* Marcel Proust.

\* \* \*

Mario Santiago murió el 10 de enero de 1998, atropellado. Bolaño estaba por terminar *Los detectives*, o había acabado la corrección de las pruebas la noche anterior. Que se imprima la leyenda. Santiago sabía que uno de los personajes estaba basado en él. Basado no, era él. ¿Mario Santiago llegó a leer algunos capítulos? Lo dudo. ¿Qué pensaría de Ulises Lima? ¿Y qué significa eso de escribir sobre un amigo y que ese amigo se muera al final de la escritura, atropellado, a los 44 años? Pienso en lo siniestro de esta coincidencia. Pienso en lo siniestro de todas las coincidencias. Pienso en la idea de mala fortuna.

\* \* \*

“Le daba de comer a las palomas, pero las palomas ignoraban sus migas”. Un viejo en el parque Esterhazy antes de que Ulises Lima y Heimito Künst lo atacaran.

## 25 de enero

(fragmento de una novela abandonada)

En el restaurante no hay mucho de qué hablar. La esposa le pregunta si quiere compartir un vino, pero el Gordo dice que no. Le parece forzado cuando toman alcohol. A él le gustaría emborracharse, perder la consciencia, pero para qué perder la consciencia junto a ella. Piden dos latas de guaraná cero.

A la esposa le da asco la pizza de strogonoff de pollo. Al Gordo también. Conversan un poco acerca de las sobras del almuerzo que van a parar a la comida de la noche. Él decide que recién la semana que viene volverá a la Sierra para visitar al padre en el hospital. Tiene que estudiar los temas del concurso que empieza el lunes. Debía haber adelantado las lecturas en los últimos días, pero se pasó las mañanas durmiendo y las tardes en internet. A la noche es imposible estudiar. La esposa le demanda atención, quiere hablar, quiere que el Gordo vea con ella sus series favoritas. Él se queja, dice que tiene otras cosas que hacer, pero termina mirando las series. Hay una o dos que realmente le gustan. Cuando ella se duerme ya es tarde para prender la computadora, entonces se queda en la cama viendo la tele o leyendo. A veces ella se despierta en medio de la noche y quiere saber qué libro es. “Una novela”, dice él. Ella lo mira con desconfianza, frunce el ceño, resopla y dice

que no está bien. “¿Quién te recomendó esos libros?”. En segundos el sueño la traga nuevamente.

\* \* \*

*Los detectives salvajes, El teatro de Sabbath, Ruido de fondo.* ¿Quién me recomendó esos libros?

\* \* \*

Dos días sin tocar la novela de Bolaño. Dos días martirizándome por mi indolencia, culpándome porque las vacaciones avanzan sin que haya leído lo que había planeado, por no haber comenzado a transcribir las entradas del diario en la computadora, por no haber iniciado, paralelamente a *Los detectives salvajes*, la relectura de Walter Benjamin, por creer que era un poco inhóspito leer a Walter Benjamin en enero, en el verano carioca, por no retomar la escritura de los ensayos académicos que abandoné el año pasado.

## 29 de enero

Una semana sin leer, sin escribir, sin deseo, dudando del proyecto. La pausa para el trabajo, el trabajo duro del mundo de afuera, de lo real laciano, de lunes a viernes de ocho a seis: comité de concurso público, decisiones que realmente importan, que tendrán peso en la vida de alguien. Un diario como este solo tiene sentido si hay una continuidad, si muestra una secuencia de lectura.

\* \* \*

La disciplina del libro ladrillo. “Escogía *La metamorfosis* en vez de *El proceso*, elegía *Bartleby* en vez de *Moby Dick*, escogía *Un corazón simple* en vez de *Bouvard y Pécuchet*, y *Un cuento de Navidad* en vez de *Historia de dos ciudades* o *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Qué triste paradoja, pensó Amalfitano”. El Amalfitano de 2666. “Ya ni los farmacéuticos ilustrados se atreven con las grandes obras, imperfectas, torrenciales, las que abren camino en lo desco-

nocido. Escogen los ejercicios perfectos de los grandes maestros. O lo que es lo mismo: quieren ver a los grandes maestros en sesiones de esgrima de entrenamiento, pero no quieren saber nada de los combates de verdad, en donde los grandes maestros luchan contra aquello, ese aquello que nos atemoriza a todos, ese aquello que acoquina y encacha, y hay sangre y heridas mortales y fetidez.” El ladrillo y los combates de la verdad: también para el lector es así. El desánimo que da a la mitad del libro o un poco antes. Los personajes que nos siguen como almas en pena. Los rituales que exige el libro ladrillo: la visita diaria, en tragos largos; los dolores en el cuerpo y la dificultad para encontrar una buena posición de lectura; el trabajo fisicoculturista de la memoria, que regresa a los senderos cubiertos por las malezas del olvido.

### 30 de enero

A fines de 2007 creé un blog de ficción, *maracanazzo*, con la intención de hacer público lo que escribía en secreto. Pero antes tenía que revelarle a mi primera esposa, cuyo nombre tengo dificultad en escribir, que me pasaba las tardes inventando historias mientras ella dejaba la salud en un aula abarrotada de adolescentes (se me viene a la cabeza el testimonio, ya llegando al final de *Los detectives salvajes*, del escritor que se había casado con una mujer que trabajaba de cartera y años después de la separación aún escuchaba temprano a la mañana los pasos lentos de la ex mujer camino al trabajo). En el fondo no quería sentirme culpable por las dudosas conductas de mis tardes desocupadas. La idea de un blog surgió mientras leía *Los detectives*. Tijuca sería mi D.F. y en vez del pasado proyectaría el futuro de un sistema literario, de 2008 a 2050, en reseñas de libros inexistentes y palabras de escritores, profesores, facilitadores culturales y críticos fraudulentos. Sería una Tijuca distópica, habitada por corrientes literarias inverosímiles y universidades hiperbólicamente prestigiosas. La pelirroja de internet se convirtió en Estela Mizrahi. Yo me di el nombre de Michel Basbaum. La imposibilidad de este encuentro sería el eje de la trama.

La caja de comentarios estaba siempre vacía. Quizás por eso, y de forma impulsiva, le mostré a la que no puedo nombrar los diez o doce posts que tenía. Acababa de llegar del trabajo y sin mirar la pantalla de la computadora, todavía de pie, me dijo que prefería no saber lo que estaba escrito allí. De

todas formas, me animó a seguir adelante. No hay problema. Es importante perseguir los propios sueños, me dijo, dando señales de darse cuenta de que esta nueva ocupación, posiblemente un pasatiempo o una distracción pasajera, nos alejaría cada vez más, y abriría un espacio inaccesible en mi vida y me conduciría a un aislamiento drástico de la realidad y de ella misma, ya que pocas actividades son tan antisociales como la escritura, ni siquiera la lectura es tan antisocial, la lectura puede ser hecha en voz alta, incluso silenciosa es compartida con otras personas en la cama y en los sofás, en las mesas de la biblioteca, o en el subte, pero la escritura sólo es posible en regiones desérticas. Enseguida dijo que necesitaba ducharse, el día había sido largo para ella. El mío no, pensé, mi día fue corto y habría querido un poco más de ese día que se terminó bruscamente cuando ella llegó a casa, y antes de terminar mi pensamiento hediondo, lo lancé a la ciénaga del inconsciente, y me revolqué en la autoconmiseración y en la sensación de impotencia. Demostrando que comprendía algo de la guerra civil que sucedía en mi cabeza, nuestra perrita se acercó, se estiró y suspiró con apatía. Mientras le acariciaba el lomo blanco, el cuerpo echado hacia un costado, fui borrando uno a uno los posts del blog.

## 12 de septiembre de 2007 (reseña farsesca)

Kempelson, Stephen. *La literatura tijuca en los albores de la contemporaneidad*. Río de Janeiro: Errática Editora, 2050.

Conjunto de reseñas y artículos de juventud del crítico y filósofo Stephen Kempelson, publicados en la revista *Maracanazzo* entre 2008 y 2023, *La literatura tijuca en los albores de la contemporaneidad* ofrece un exquisito panorama de las más importantes corrientes literarias tijuquinas de las décadas del 10 y del 20 de este siglo precozmente envejecido.

El posfacio es revelador y rompe el silencio de una década del profesor septuagenario. Para las nuevas generaciones, los fundamentos de una poética fenomenográfica parecerán inusuales, pero fue esta la orientación dominante durante casi dos décadas en la literatura tijuca, al menos entre las vanguardias de la región del Maracaná. Por prosa tijuca entíendase no solamente aquella producida en el espacio geográfico de Tijuca entre la Plaza de la Bandera y el barrio de Muda (cuentos, novelas, poemas, cartas de bares,

antologías de mensajes de texto), sino toda forma de expresión artística capaz de manifestar lo que Kempelson denominó, en su juvenilia, “constancia de la atmósfera tijucana en la multiplicidad de sus cronotopos”.

Autor de ensayos como *Cornucopia agambeniana* y *Ser-abí-para eso*, textos de referencia en los cursos de posgrado en Alteridad literaria y Bioetnopolíticas narrativas, Kempelson comenzó su trayectoria en estrecha conexión con los fenomenógrafos, neologismo acuñado en su primer ensayo, *Prolegómenos a la narrativa tijucana*, que abre la antología. Allí Kempelson hace la genealogía de las poéticas de autores diversos —hoy como ayer completamente oscuros—, como Estela Mizrahi, Michel Basbaum, Aparício Cansado y José Ozu.

Jubilado en la actualidad, recluso en su *penthouse* frente a la plaza Segunda-Feira —con vista privilegiada al claro del ser—, Kempelson fue el responsable de la formación de incontables generaciones de críticos tijucanos. La edición, en tapa dura y con índice onomástico, hace justicia al momento más inspirado de este notable profesor, catedrático en Otras literaturas de la Universidad Autónoma de Méier. Uno de los ensayos aborda la novela de Michel Basbaum, *El tobogán de la calle Dulce* (2008). La trama ocurre en un segundo, el breve intervalo entre el desequilibrio de un niño en lo alto del tobogán, la caída y el encuentro fatal con el piso. El tiempo es la materia de esta novela antiexperimental, que explora, en la terminología de Kempelson, el “poder haber sido de lo que no fue”, la existencia como “potencia singularmente negativa”. Según el autor, hay un diálogo explícito de Basbaum con San Agustín, Heidegger y Paul Ricoeur, en el sentido de concebir y explorar el tiempo como “distensión infinita del ser lanzado”.

Si por un lado la reducida producción ficcional de Basbaum —limitada a la novela y a una antología de aforismos— fue recuperada con alguna repercusión por las vanguardias hiperrealistas de los años 40, la escritora Estela Mizrahi tuvo una vida marcada por una conmovedora y autoinfligida oscuridad. Identificada en la juventud con el monadismo literario de Hutcheon Alexander, publicó a los 28 años el notable *Variaciones Delilleanas* (2008), hoy agotadísimo. La premisa del monadismo es hablar únicamente de sí mismo, transformando las propias experiencias en unidades literarias encapsuladas, presupuestos que Mizrahi llevó al extremo en su segunda novela, rechazada por diecisiete editoriales: *Paseo de una pelirroja por la calle General Roca a las cinco de la tarde* (2011). Kempelson destaca la singulari-

dad y el rigor de la obra de Mizrahi, pero no deja de lamentar que, todavía muy joven, la escritora haya sido acometida por el complejo de Bartleby. El hecho es que —si confiamos en el siempre dudoso rigor empírico de las investigaciones de Kempelson, que como historiador de la literatura no es más que un teórico razonable—, a los 30 años Mizrahi se encerró en su departamento de la calle Carlos de Vasconcelos, de donde salió ocho años después para ir a la feria.

Digna de nota es la reseña de *Incrusté mi pie en la mierda*, primera novela de Aparício Cançado. Narrada en primera persona, la novela analiza las implicaciones ontológicas de pisar soretes. “Pisar mierda es la más singular de las experiencias. Ya me había pasado otras veces, pero esa tarde en la calle Almirante Cochrane sería inolvidable en todos los sentidos. Es que, como una epifanía, me di cuenta de que jamás volvería a sacar el pie de la mierda” (Cançado, 2009). Para muchos, la apertura conceptual iniciada por *Incrusté* fue la principal razón de la caída del movimiento. Pero Kempelson refuta esta idea: “no, la fenomenografía no fue víctima de su apertura a las ideas. Su plaga, su cáncer, fue la autorreferencialidad”.

La literatura tijuca tiene una obra poderosa, singular. Los ensayos pasan revista a un momento crucial de la prosa reciente de este barrio que, si por un lado jamás se recuperó económicamente del único evento comprobablemente repetido en la historia mundial, el Maracanazo de 2014, culturalmente sigue siendo el centro impulsor de las vanguardias estéticas fluminenses. Precisamente por esta razón, su lectura atenta puede ayudar a definir nuevos rumbos en la literatura, o lo que queda de ella.

**Por Adionson Saraiva**

**2 de octubre de 2007**

(declaraciones de Estela Mizrahi a Adionson Saraiva)

Estaba cansada, por eso dejé de escribir. Eso es lo que querés saber ¿no? Es lo que todos preguntan. En tu mail decís que querés investigar las razones que me llevaron abandonar la escritura, ¿escritura? *Whatever*. Bueno, abandoné la escritura, Adionson, dejé de escribir porque estaba cansada. El año que viene cumpla bodas de oro del síndrome de Bartleby, pero ¿por qué

me importaría? Ustedes hacen ese trabajo por mí, ¿no? Soy una ex escritora, entonces el diagnóstico “síndrome de Bartleby” no es correcto. Pero nadie puede ser ex escritor, ¿no? Es lo que dicen. Por eso tantas preguntas, tantas ganas de molestar. Ex jugador, ex presidente, ex marido, pero ¿ex escritora?

No decidí dejar de escribir. Es que me cansé de los lamentos de Basbaum, de las digresiones de Ozu, y también estaba Arnaldo, mi marido, a quien no le caía bien ninguno de ellos. ¿Cuál de los dos es nuestro Sy Abelman?, preguntaba, y entonces se reía y yo me reía también, después se ponía serio y decía que yo me olvidaba de la casa cuando pensaba en literatura. Arnaldo es muy intransigente con eso, los platos, la cena. No puedo hacer la misma comida antes de dieciocho días, porque tiene un estómago sensible a las repeticiones alimentarias. No puedo lavar los vasos y los cubiertos con detergente común o le salen ampollitas en la lengua. Son detalles que minan una visión estética de la vida, Adionson. ¿Estás grabando? Esto no puede ser publicado. Espera a mi muerte. Estoy enferma. Tengo calambres abdominales muy dolorosos, espasmos en la pantorrilla, tortícolis.

Estos días recibí un mail de Ozu. Escribió un ensayo en inglés, va a ser publicado en la *New Yorker*. Le mandé un texto que salió en *Maracanazzo*. Todavía recibo a la revista, pero muy raramente la leo. Y no es sólo por falta de tiempo. ¿Por qué la leería? ¿Qué sentido tiene, Adionson? Le mando todo a Ozu. A él le encanta, ¿sabés? Es un erudito, mirá vos. “Querida, esta diatriba decimonónica (va en adjunto) de Fuentino Fajardo contra el otomano Sijklçs-pi Plarfsgsj es magistral. Tiene un estilo ‘me chupa un huevo’ que remite a los anticuentos de la época en la que vivíamos en la calle Desembargador Izidro. O a esa autora de las islas Feroe que me recomendaste. ¿Te acordás? Te estoy mandando mi ensayo por correo. Quiero tu opinión. Te extraño, Ozu”. Le respondí hoy temprano. ¿Querés ver lo que le escribí? Esperá que la abro, un segundo. Acá está. “Ozu, el estilo ‘me chupa un huevo’ puede confundirse con la literatura *whatever*. Pensalo. Y nunca te recomendé a una autora de las islas Feroe. Me la inventé. Por suerte ella existía. No te lo tomes a mal, pero no voy a leer tu manuscrito. Tengo una hija y un marido, sé que es difícil entenderlo. Pero dame de regalo un libro de cocina de la India, bien ilustrado, imágenes suculentas. O una antología de máximas chinas. Espero tu respuesta, Estela”. Colecciono máximas, Adionson. Es un pasatiempo interesante. Ayer le dije a Arnaldo: “luz del tiempo, fuerza la vereda”. Lo saqué de un haiku. Otra: “día nublado, nube, una estatua de frambuesa”. Mandé a hacer un pós-

ter con estos dichos. Ellos se sacaron de encima al sentido hace 2000 años. No voy a leer el ensayo de Ozu, ¿me entendés? Para él existe una época de la calle Desembargador Izidro, un período de formación, un momento memorable, una buhardilla. Para mí, la memoria de la Desembargador Izidro huele a ajo rehogado, agua de colonia Adis-Abeba, jugo de mandarina con azafrán. Eso no es nada literario. El otro día me llamó Basbaum. Yo no estaba. Nunca salgo de casa, pero ese día tuve que ir al Wall-Mart a comprar cebolla de verdeo y ananá. Recién hoy por la mañana Arnaldo se acordó y me pasó el mensaje. “Ese amigo tuyo te llamó la semana pasada. A mí no me gusta, pero creo que tengo la obligación de comunicártelo. Estela, cariño, una *farofinha*... ¿Me hacés una *farofinha* para el almuerzo?”.

Tal vez fue a propósito. Tal vez no. ¿A quién le importa? ¿No querés escribir un cuento sobre eso? Vos escribís, ¿no? Tenés facha de escritor.

## 1 de febrero de 2015

“No escribíamos para publicar sino para conocernos a nosotros mismos o para ver hasta dónde éramos capaces de llegar”. Edith Oster sobre sus días con Arturo Belano.

## 2 de febrero

La bruma después de la lectura de un libro como este. Un instante empañado que se estira. Si lo dejáramos quieto, se alargaría durante horas o días. El segundo posterior al pinchazo de la anestesia. El primer trago de agua después de correr. El cansancio después de copular con alguien que te gusta. Esos pocos momentos en que el cuerpo y el pensamiento se sienten cómodos en la inmovilidad. Lupe y García Madero en Villaviciosa estirando el tiempo como un chicle, antes de sumergirse definitivamente en la nada.